

31

LA GUERRA
DE ESPAÑAACTUALIDAD
CapítuloLA BATALLA
DEL JARAMAUna de las
más duras
luchas

Tras los intentos fallidos para lograr el estrechamiento del cerco de Madrid, las fuerzas nacionales desisten de todo ataque frontal en las zonas donde habían proyectado sus anteriores penetraciones. Pero el frente del Centro sigue obsesionando a los estrategas de los dos bandos. Los nacionales buscan una solución definitiva en Madrid. Tienen prisa. Primero, la Casa de Campo,

la Ciudad Universitaria; luego, la carretera de La Coruña... Ahora será el Jarama. Los gubernamentales han concentrado en la zona lo mejor de sus nuevas unidades, algunas de ellas dotadas de moderno armamento soviético. Frente a los carros enviados por Alemania e Italia a los nacionales, disponen de piezas antitanques de 45 mm., modelos de 1936. El ataque nacional estaba proyecta-

do para el 24 de enero, pero a consecuencia de un fuerte temporal de lluvias no se pudo iniciar hasta febrero. El Jarama sería una de las más duras batallas de la contienda, por la ferocidad de los combates, las tremendas bajas en los dos sectores, la destrucción de las diversas unidades de los dos Ejércitos... Un fuerte temporal había retrasado las operaciones unos días.

EL JARAMA, PRELUDIO DE UNA GUERRA LARGA

Análisis
histórico
de JOSE
MANUEL
MARTINEZ
BARRIC



DESDE las más altas edificaciones madrileñas, y en particular desde el observatorio de artillería instalado en la Telefónica, se divisaba perfectamente la llanada que tiene por centro Getafe. Era muy difícil, por eso, que no fuese registrado cualquier traslado de las fuerzas nacionales que tuviera lugar desde la zona de la carretera de La Coruña a la de la carretera de Andalucía.

Hacia el 15 de enero de 1937, los observadores notaron aquí un inusitado movimiento de hombres, ganado y vehículos: algo iba a ocurrir, alguna operación iba a comenzar. Y no se equivocaban.

El general Franco había decidido adelantar la línea Seseña-Valdemoro-Pinto, muy pobremente defendida, pese a su extraordinario valor de guardaflanco derecho del grueso de las fuerzas del frente de Madrid, cruzar el Jarama y llegar hasta Alcalá de Henares, pensando en un posterior contacto con otras fuerzas que descendieran por la provincia de Guadalajara.

¿Curiosa coincidencia? Porque también el enemigo—esto es, los mandos de quienes dependían los observadores madrileños—preparaba una operación por estas fechas que bien podemos calificar de «simétrica». Como que el general Pozas proyectaba una ofensiva de gran envergadura destinada a romper la presión en torno a la capital de España. Quince brigadas, bien apoyadas por unos cincuenta carros, cien piezas de artillería y otros tantos aviones, debían avanzar sobre la carretera de Andalucía y la de Toledo, siguiendo sensiblemente la dirección Ciempozuelos-Torrejón de la Calzada; manobra que se combinaría con otra por el valle del Guadarrama, por donde progresarían de Norte a Sur hasta Navalcarnero varias brigadas del Cuerpo de Ejército de Madrid, mandado por Miaja.

Es difícil que el mando nacional conociese cabalmente estos proyectos, pues la información sobre el campo enemigo era aún muy ende-

ble, pero de lo que sí estaba cierto era de la debilidad de la línea propia de vanguardia de la carretera de Andalucía y del crecimiento, en cantidad y calidad, de las fuerzas contrarias. Había, pues, que no perder tiempo, para no dejarse arrebatar la iniciativa de las operaciones en el frente madrileño.

Vicente Rojo ha escrito que el día 5 de febrero, en que se inicia la batalla del Jarama, las brigadas del Ejército Popular iban entrando en línea. En rigor ya debían haber roto el frente ante el ministro de la Guerra, Largo Caballero, y los jefes principales del Estado Mayor Central, pero las discusiones sobre quién iba a mandar la agrupación de choque, hijas de las rivalidades políticas, retrasaron el día D, que debía haber sido el 5 de febrero.

Una jornada de ventaja podía ser aquí mucho.

Fuerzas en presencia

Las fuerzas nacionales seguían incrementando sus efectivos y depurando su organización.

Para la operación del Jarama se habían organizado cinco que ya se llamaban brigadas, aunque no siempre lo fuesen, estando numeradas del 1 al 5 y puestas bajo los mandos de los coroneles Rada, Sáenz de Batuzaga, Barrón Asensio y García-Escámez. Había, además, tres regimientos de Caballería (teniente coronel Cebollino), veintiocho baterías, tres compañías de carros ligeros, Ingenieros y servicios, con un total superior a los 18.500 hombres. Eran efectivos muy seleccionados, de alta calidad combativa y casi todos curtidos en las luchas precedentes; pero, además persuadidos todos de que en el Jarama se iba a decidir la futura suerte de Madrid.

El mando directo de las fuerzas lo tenía el general Varela, y el de la operación, en su conjunto, el general Orgaz. En la parte del frente donde debían actuar estas unidades se encontraba la llamada Ala Izquierda o 5.º Sector del Frente de Madrid, mandado por el comandante de Milicias Juan Modesto Guilloto, y la 9.ª División del teniente coronel Burillo, con un total de cuatro brigadas en línea, aparte de las quince brigadas destinadas a la proyectada ofen-



Las unidades de la República ultimán su organización, aunque aún están incompletas en hombres y materiales. Llegan los internacionales.



Una fotografía de un corresponsal extranjero tomada en la zona republicana. En ella, miembros de las Brigadas Internacionales (que tanto participaron en la batalla) posan ante los camiones camuflados.



Frente del Jarama: puesto de mando de un batallón de las Brigadas Internacionales. Según escribió Rojo, «se reforzó el frente con algunas tropas selectas y se dieron órdenes concretas para articular la defensa».

La información sobre el campo enemigo era muy endeble.

siva, Modesto dependía del general Miaja y el teniente coronel Burillo del general Pozas, porque precisamente entre el poblado de Pajares del Río y las alturas de La Marañosa tenía lugar la soldadura de las Fuerzas de Defensa de Madrid y las restantes del Ejército del Centro.

Ocupación de La Marañosa

El 6 de febrero, la brigada nacional de Rada llegaba hasta el poblado y la fábrica de La Marañosa, con poca resistencia; la de Buruzaga ocupaba el caserío de Gómez de Arriba, después de combatir tenazmente, y la de García-Escámez, el pueblo de Ciempozuelos.

El 7, tras vencer una resistencia cada vez mayor, se asomaban las brigadas a las alturas que dominan el Jarama, y Pozas, que comprendió la gravedad de la situación, entregó la defensa del frente atacado al coronel Mena, el cual formó la llamada Agrupación de Arganda. Mena debería mantener las posiciones a toda costa, defendiendo los puentes del Jarama «obstinadamente».

Los días 8 y 9 fueron de relativo descanso, y el 10, una escuadra, a caballo, descendía desde las alturas de La Marañosa hacia el valle del Jarama, practicando una descubierta que delató el despliegue inmediato en torno a un puente por el que pretendía cruzar el río: el llamado puente de Pindoque, del ferrocarril de vía estrecha de la fábrica de La Poveda hasta la estación de Ciempozuelos, en el ferrocarril de Madrid a Andalucía y Levante.

El paso del Jarama

El 11 de febrero de 1937 fue un día frío y soleado, clásico del invierno madrileño, pero a los efectos de la guerra, aquel día comenzó exactamente a las tres de la madrugada, cuando todo era oscuro silencio.

A esa hora, las fuerzas de un tabor de Irni bajaban desde las alturas de La Marañosa hasta el caserío de La Boyeriza, ya junto al Jarama, y desfilándose en el mayor silencio, llegaban hasta el puente de Pindoque, defendido por una compañía francesa de la XII Brigada Internacional.

El día 7 se asoman las brigadas a las alturas del Jarama.

Sorprendidos los centinelas, fueron inmediatamente abatidos, tras un expeditivo combate cuerpo a cuerpo, a pesar de lo cual no pudo evitarse que algunos, desde el otro lado del río, provocara la voladura casi total del puente. Inmediatamente fueron ocupadas por los de Iñfi las llamadas Casas de Pajares.

Con las primeras horas del día habían llegado la Caballería y el resto de la infantería de la Brigada Barrón de las cañaverales del Jarama, recibiendo el orden de cruzarlo. Pero el enemigo estaba ya alerta, y las baterías, y pronto la aviación, comenzaron a batir duramente el puente de Pindoque, causando gran número de bajas.

Pasó primero la Caballería y luego los infantes, alcanzándose las alturas del vértice Pajares, no sin que las fuerzas fuesen sorprendidas en su marcha por un espectacular ataque con carros, que se repitió a la tarde. Había quedado cortada la carretera del llamado puente de Arganda a Chinchón y la jornada podía calificarse de brillante, aunque, eso sí, muy sangrienta.

La ampliación de la cabeza de puente

El mismo día 11, en que se cruzara el río, tenía lugar un peligroso contraataque sobre el espón de Coberturas; el coronel Mena embebía en la lucha, entre otras unidades, a la XI Brigada Internacional y la de «tanques» del ruso Paulov. La decisión de aceptar el reto era inmediata, ya que, además, se contaba con la concentración próxima de las brigadas con las que se proyectaba aquella ofensiva, a la que se habían adelantado las columnas nacionales.

Estas nutrieron inmediatamente la inicial cabeza de puente, que se iría ensanchando a costa de durísimos forcejeos. Ya en la noche del 11, la Columna Buruaga iniciaba el paso del río, mientras que era ocupado el pueblo de San Martín de la Vega por la de Asensio, que en la jornada siguiente alcanzaba el Pingarrón, y el 13, las fuerzas de Barrón quedaban a muy poca distancia de la altura de Valdeperdices.



Ingleses y americanos del Batallón «Lincoln». El ataque nacional sorprendió a las unidades de los aliados e a la preparación de su ofensiva. De todas formas, ninguno de los dos está sobrado de armas.



Grupos de combatientes americanos del Batallón «Lincoln» muestran su enseña. Ninguno de los dos bandos cuenta, en principio, con efectivos que impongan una neta superioridad sobre el adversario.



Preparando las posiciones en la batalla del Jarama. Parece seguro que más de la mitad de los que entraron en fuego por ambas partes cayeron muertos o heridos en combate. La lucha fue feroz.

Un labor de Iñfi alcanza el puente de Pindoque.

La lucha de desgaste

Ya no pudo avanzar más, aparte de alguna ligera rectificación a vanguardia.

Batallón tras batallón fue entregando el general Orgaz a Varela las reservas de que disponía, pero el frente, el volcán que era la cabeza de puente del Jarama, las consumía, mientras que el aire los aviones enemigos mantenían su total dominio. Las bajas por ambas partes eran muy crecidas y todo parecía indicar que el más pequeño fallo causaría un descalabro al que lo sufriese.

Al ocurrir el de los olivares del Jaramal Cubriéndose rápidamente de un verdadero laberinto de fortificaciones, las lomas suaves, repetidas, que impedían la observación, eran propicias a cualquier sorpresa, a las infiltraciones de carros y la audacia y el valor de los tiradores aislados, que, encaramados a los árboles y cubiertos con su ramaje, trotaban a los soldados enemigos que tratasen de avanzar.

El 14, el llamado «día triste del Jarama», cedaron apagadas totalmente las esperanzas de culminar triunfalmente la audaz operación del paso del río. Porque la reacción en el campo enemigo, tras algunas vacilaciones, se concretaba y decidía al tomar el general Miaja el mando de todas las fuerzas, poniendo al frente inmediato de ellas al teniente coronel Burillo. La alimentación del combate era tan decisiva, que pronto se contarían aquí hasta cuatro divisiones, mandadas por los extranjeros «general Walter» y «general Gal» y los españoles Lister y Gómez, más un sector independiente, el del teniente coronel Rubert. En total, no menos de trece brigadas de infantería, con otras seis mandadas por Modesto, situadas entre Vallecas y Vaciamadrid, fuerzas de Caballería y los carros de combate de Paulov. Entre las brigadas figuraban cuatro internacionales, cuyos jefes eran el alemán Hans Kalbe, el húngaro Mate Zalka («general Laskacs»), el albaciano Joseph Putz y el yugoslavo Wladimir Copic.

García-Morato

El 18, un espectacular duelo aéreo daría el do-

(Continúa en la pág. siguiente)

Al día 14 se le llamó «el día triste del Jarama».

(Viene de la pág. anterior)

minio del aire a los aviones nacionales. García-Morato hace referencia al mismo con estas palabras: «Bombardeo en el frente del Jarama, iniciando el combate con veintiséis aviones, ametrallando cuatro y derribando uno. Felicitaciones del Mando y del Generalísimo, y propuesta de Laureada». La Orden de concesión de ésta hacía un completo recuento del botín de la jornada: por la mañana, ocho aviones abatidos; por la tarde, tres.

Tal combate revistió enorme trascendencia, ya que a partir de él las incursiones aéreas del enemigo serían cada vez más raras, elevándose así la transitoriamente deprimida moral de los soldados de Varela.

El Pingarrón

En tierra, la lucha más áspera, continuada y sangrienta se centra alrededor del vértice Pingarrón, entre las fuerzas de Asensio y las de la división de Lister, apoyada por los carros. La orden que aquí recibe de Miaja le ordena atacar sin descanso, «en tanto lo permita el estado físico y moral de la fuerza», y en su misión le apoyará el consejo y aliento del luego ministro de la URSS, Rodión Malinovsky.

El 19, los combates son violentísimos, y una compañía del tabór del comandante Z a mañana pierde el 80 por 100 de sus hombres. Es el preludio de la más dura jornada: la del día 23.

Sobre el Pingarrón, una concentrada, larga y fortísima preparación artillera desorganiza las obras defensivas, destruye trincheras y casamatas y reduce extraordinariamente los efectivos allí destacados, que sufren la baja de la totalidad de los oficiales. Perdida la altura por tres veces, es otra tantas recuperada, a costa de un doloroso tributo de sangre. Los ataques y contraataques no cesan en todo el día y las bajas son numerosísimas por ambas partes. Unidad tras unidad, van quedando casi destruidas.

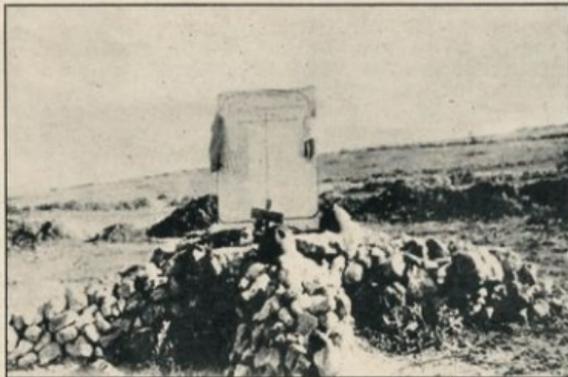
Asensio escribió más tarde: «El comandante Zamalloa, con dieciséis heridas, no consintió en irse a curar siquiera, y solamente cuando se desplomó se le pudo sacar de allí. Quedó cumplida la promesa que espontáneamente me hizo



El frente del Jarama se endureció de tal manera, que prácticamente llegó un momento en que quedó reducido a un forcejeo duro de posiciones. Pero los nacionales no renunciaron al cerco de Madrid.



Batallón antigas en el Jarama. La mañana del 11 aparecerían en el llano 27 carros rusos, que consiguieron situarse a retaguardia de las tropas de Buruaga y Barrón, rebasando el puente de Pindoques.



Sepultura de algunos soldados de las Brigadas Internacionales muertos en el Jarama. Es incontable la cifra de caídos en ambos bandos fue, sin duda, una de las operaciones que más bajas causó.

La más dura jornada de la batalla fue la del día 23.

el día 20, cuando le explicaba la importancia de la posición. «Estáte tranquilo —me dijo—, que esto no se abandonará mientras esté yo en pie». Fue el precio de su Laureada.

La calma tras de la tempestad

Los combates del Pingarrón marcan el final de la batalla del Jarama por agotamiento de ambos beligerantes.

Algunas acciones esporádicas llevadas a cabo en el mes de marzo no alteraron ya la línea del frente, que continuó así hasta el final de la guerra.

Un día, inmediatamente después del 1 de abril de 1939, tuvimos ocasión de recorrer aquellos campos que conocimos por primera vez dos años antes. Sobre las leves alturas con olivares y viñedos, por el llano con cereales y huertas, se había tejido un espeso tapiz de fortificaciones que daban a aquellas tierras la categoría de campo atrincherado. Ya no quedaba la sangría, pero sí la marca de la tensa lucha.

No hace mucho tiempo pasamos por allí, en una tercera ocasión, y todo era ya paz, sin más huella del pasado en nosotros que el propio recuerdo; la memoria, en fin, del que fue dramático «frente del Jarama».

Fue la grande y primera batalla de la guerra en campo abierto, en cuanto tomaron parte en ella dos fuerzas considerables y bien articuladas, que durante más de quince días se disputaron un trozo de terreno de gran valor táctico e incluso estratégico, si pensamos que a través de su dominio se ventilaba la libertad de comunicaciones de Madrid con Levante.

La lucha de noviembre por la capital, la ermita de San Marcial en Guipúzcoa, la flecha lanzada para socorrer Oviedo, quedaban atrás y representaban un momento de la guerra distinto, próximo y a la vez muy lejano, momento en el que la audacia lo era todo. La ocupación de Ronda y su serranía había sido una magnífica maniobra, pero ante un enemigo mal mandado y peor organizado.

El Jarama abrió los ojos a quienes no quisieran cerrarlos y preludeaba una guerra dura, larga, empinada, muy a la española.

J. M. M. B.

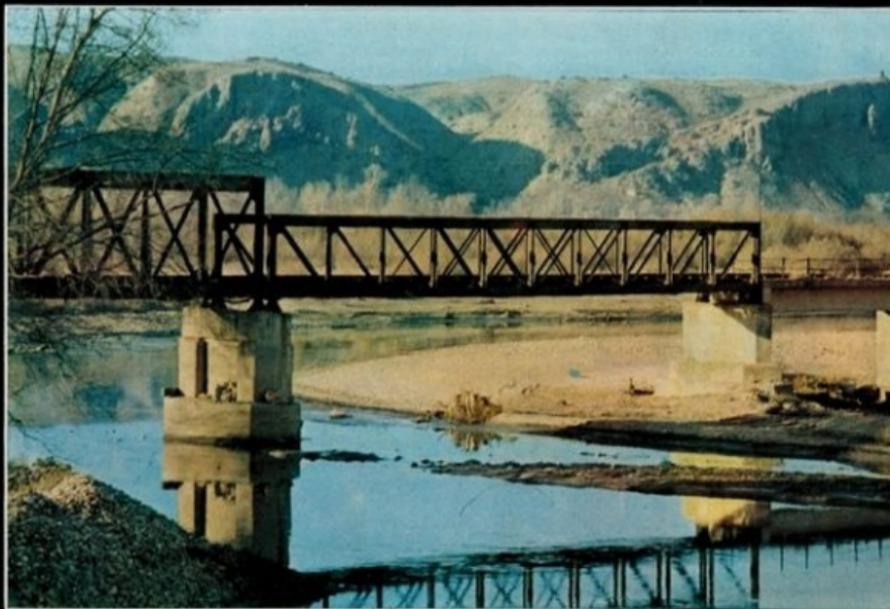


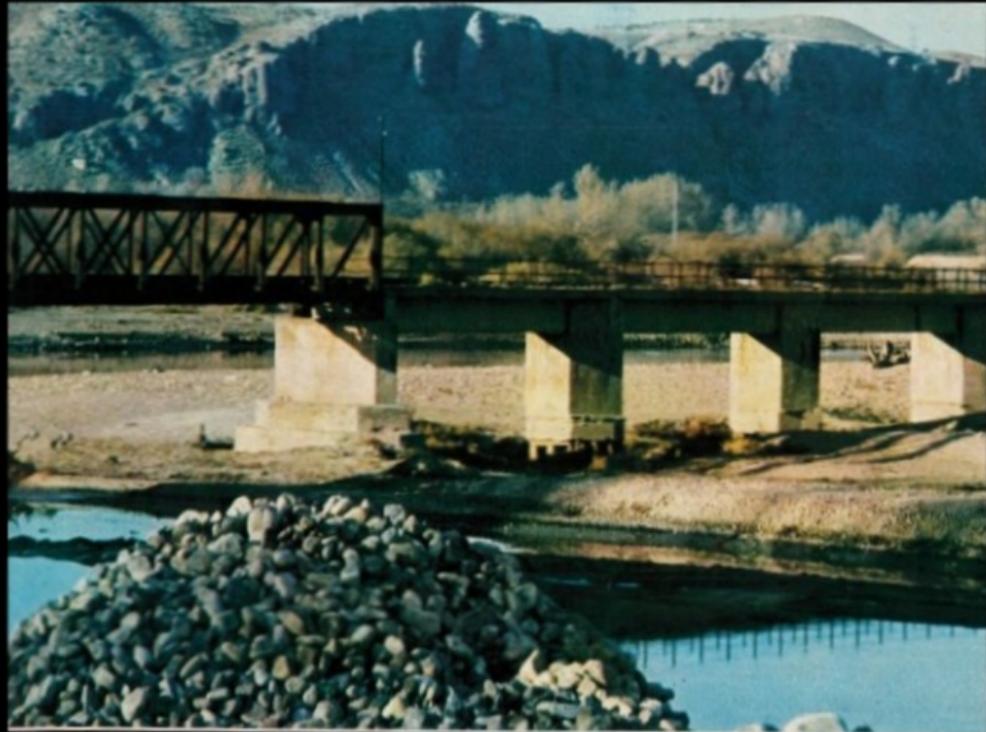
ACTUALIDAD
Espejitos

El puente de Pindoque

El puente de Pindoque, en la actualidad prácticamente abandonado (nunca transitaba a menudo en una pequeña vagoneta), fue de importancia decisiva. Estaba defendido por una compañía del Batallón André Marty, de la II Brigada. El V Regimiento y el Tabor de Tiradores de línea atacaron al mismo tiempo los cargados del llamado golpe de mano sobre el Pindoque». Abatieron de noche a los desprevencidos centinelas en un cuerpo a cuerpo. Pero desde el otro lado, alguien (las cargas estaban pues) lo volvió en parte.

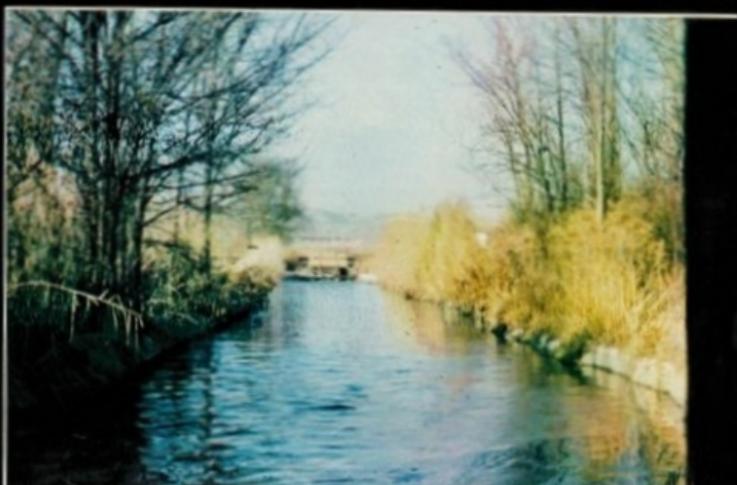
Reportaje gráfico:
ROGELIO LEAL y
MIGUEL ALONSO

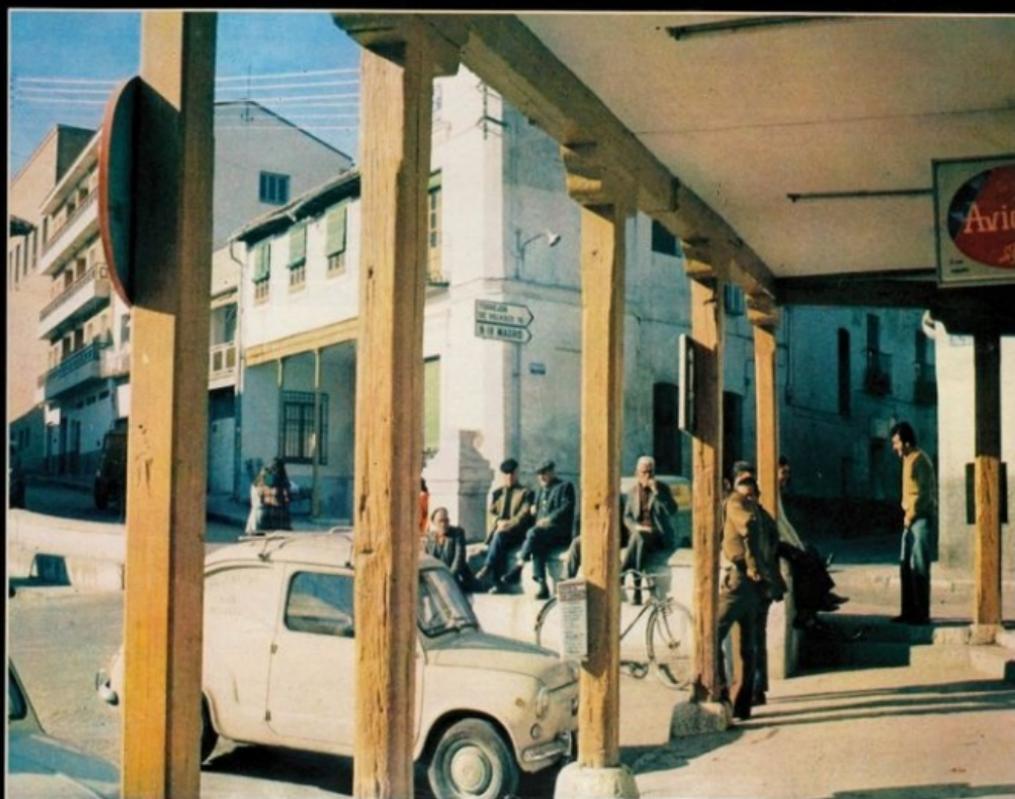




LA CABEZA DE PUENTE

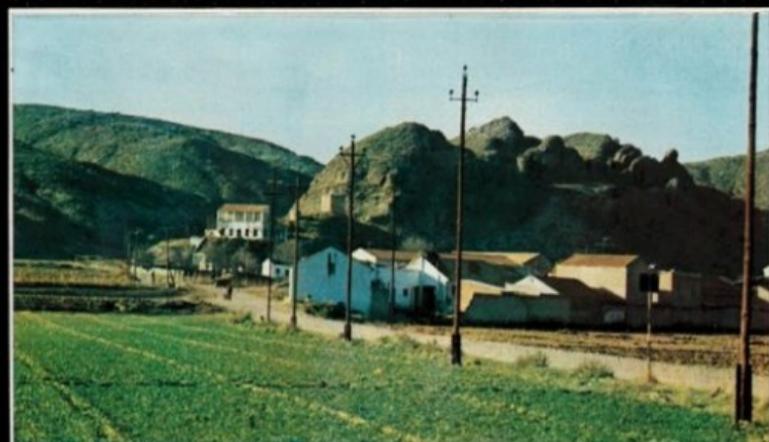
Puente de Pinoloso, canal del Jarama, Molino del Rey. Nombrada de tan decisiva importancia en aquel febrero del 37. En cuanto se tuvo conocimiento de que el Tabor de Tiradores de Iñi había cumplido su misión, el resto de la III Brigada cruzó el río y, junto con otras fuerzas, ocuparon el vértice Peñares. Después de nuevos ataques y peso a los contrasiqueros, quedó establecida la cabeza de puente.

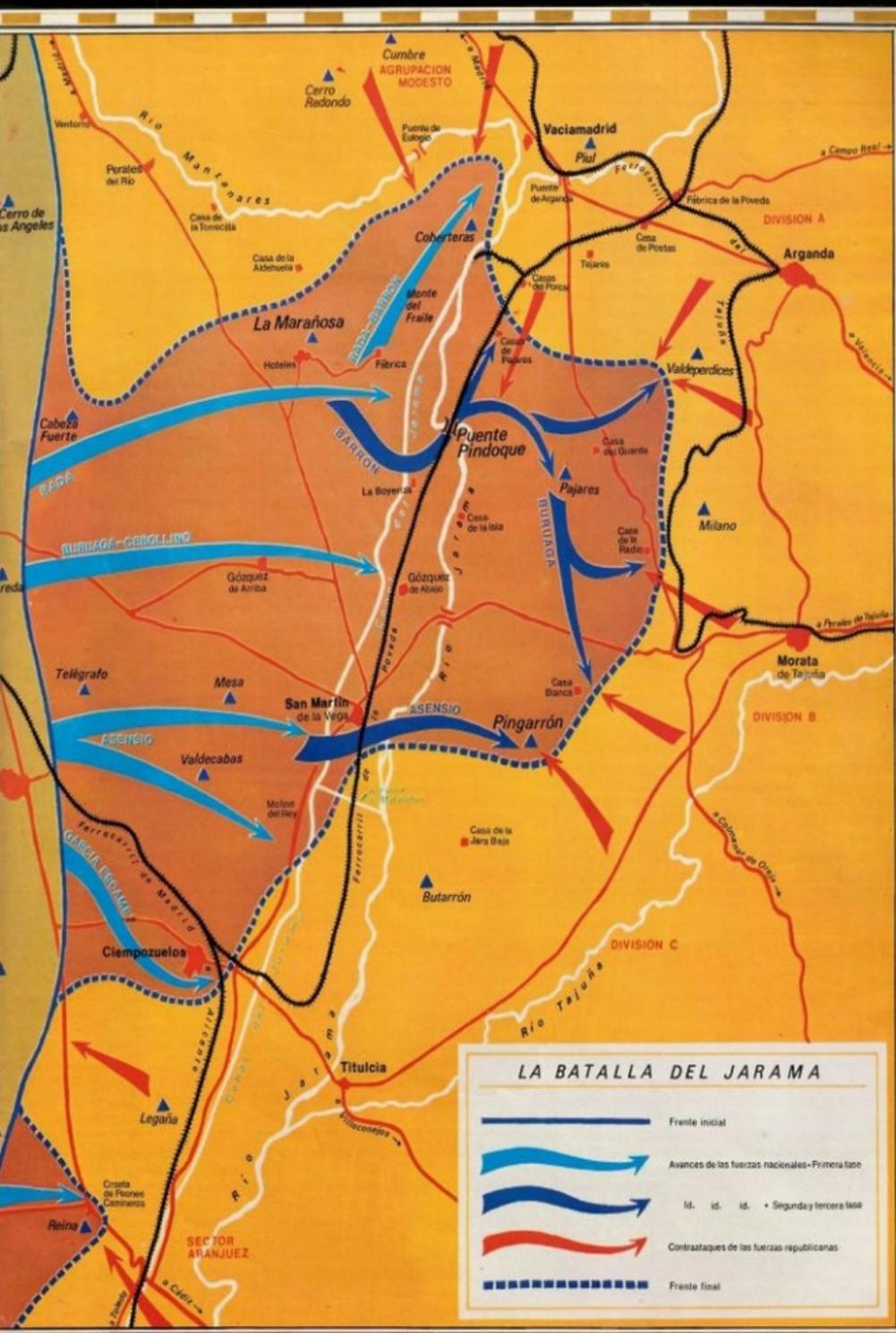




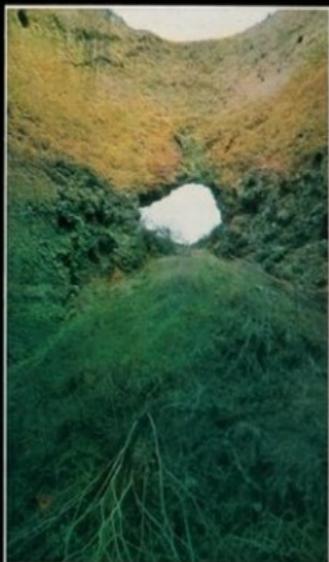
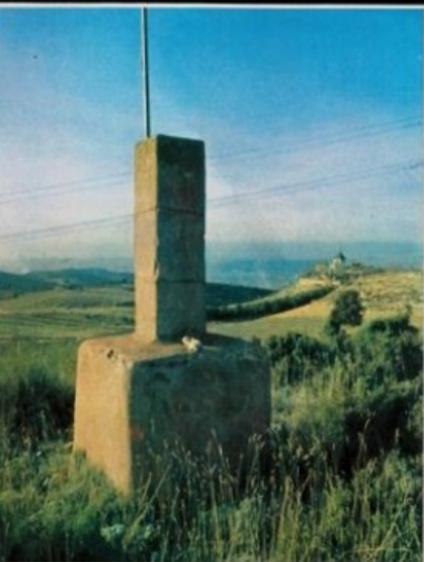
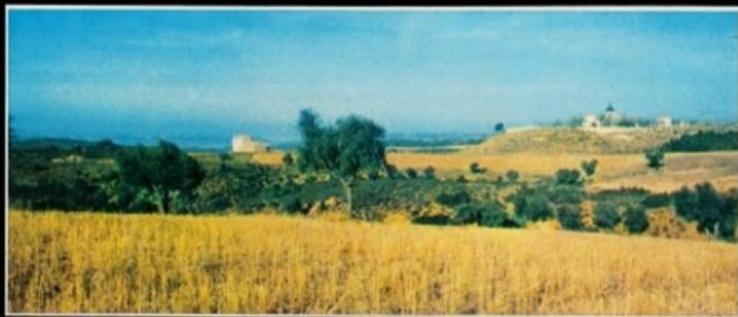
FUERTE REACCION ENEMIGA

La reacción del Ejército republicano a los ataques nacionales fue dura. Poco después de la ocupación de San Martín de la Vega fue de lo más violenta, pero repelida por las fuerzas de Rada. La Aviación republicana se manifestó potente y decidida, y prácticamente tiene el dominio del aire. Una de las bajas habidas en la batalla fue la del coronel Sáenz de Buruaga.

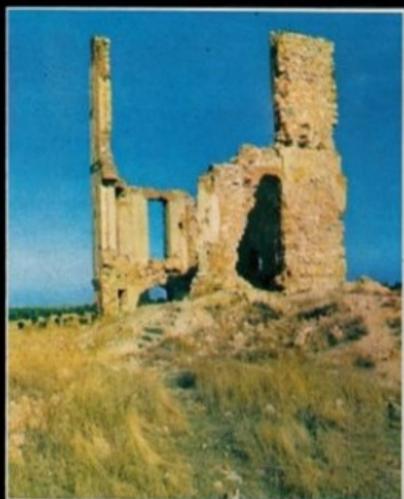


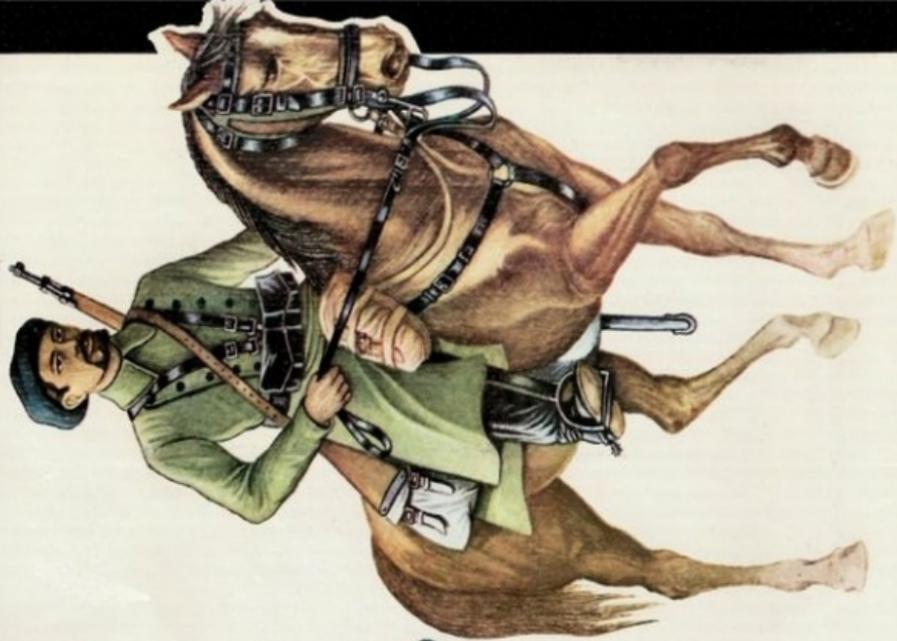


LA DEFENSA DEL PINGARRÓN



A las ocho y media de la mañana del día 23 comienza una durísima ofensiva artillera que destruye las obras de fortificación, las trincheras y casamatas, y reduce extraordinariamente los efectivos de las compañías allí destacadas, que sufren la baja de la totalidad de los oficiales. Perdido el vértice tres veces, es luego recuperado definitivamente a costa de un cuantioso tributo de sangre. Los ataques y contraataques no cesan durante todo el día, y las bajas son numerosísimas por ambos bandos; la llegada de la noche hace finalizar el combate. Con esta acción sobre el Pingarrón, los republicanos dan por terminada su contraofensiva: están totalmente desangrados, pero lo propio ocurre con las brigadas nacionales II, III y IV. Ambos bandos estaban ya agotados.





Grupo de Caballería Húngara del «general Kibiers», Brigadas Internacionales.



Voluntario de la XI Brigada Internacional.



Grupo de Caballería Polaca, XIII Brigada Internacional.

SUPERARSE ANTE LOS OBSTACULOS

El puente de San Martín de la Vega no fue volado. Los dos soldados que lo vigilaban murieron la víspera del paso de los nacionales

Una encuesta de IGNACIO JAVIER FERNÁNDEZ

Don Agustín Sifre Carbonell era capitán de una de las dos compañías de Regulares que prepararon la ofensiva del Jarama. Fue uno de los que atacaron por sorpresa el puente de San Martín de la Vega. Ascendió por méritos de guerra a comandante. Posteriormente fue coronel jefe del Regimiento de la Guardia de Su Excelencia el Generalísimo. Hoy, general de División, nos ha narrado gustosamente el prólogo de la batalla del Jarama.

Un puente minado

—Don Agustín, ¿cómo fueron los preparativos de la batalla del Jarama?

—Era el día doce de febrero de mil novecientos treinta y siete. El día anterior se había actuado duramente sobre dicho río, pues se pretendía cruzarlo y organizar una cabeza de puente que sirviera de base para ulteriores avances. Se consiguió atravesarlo por el puente del Píndico, sobre el que va un ferrocarril de vía estrecha, que quedó en malas condiciones, por lo que se dispuso que al día siguiente se pasara por sorpresa el puente de San Martín de la Vega. En dicha tarde nuestras fuerzas tomaron contacto con el mismo, llegando así a la noche.

Al otro lado del puente había un llano de unos

cuatrocientos metros, y después una altura fortificada desde donde se defendía perfectamente según. Se sabía, además, que dicho puente estaba minado y que el enemigo podía volarlo cuando lo creyera conveniente. Así, pues, el objetivo para el día siguiente presentaba unas características a todas luces pesimistas. Los que pertenecíamos a las dos compañías de Regulares que tenían que dar el golpe de mano meditamos mucho sobre las consecuencias del mismo.

Sorpresa no podía haber, ya que el día anterior habíamos estado luchando y el enemigo había visto perfectamente cómo llegábamos a la altura del puente. Como se encontraba minado, cabía el que fuera destruido en el momento de estar atravesándolo a las cuatro de la madrugada, pues aun cuando no se veía, si se oía el ruido de dos compañías marchando sobre él, o bien después de atravesarlo, en cuyo caso quedábamos a merced del enemigo en la otra orilla; y por último quedaba el avance por terreno llano, completamente dominado y con un río a la espalda, y sin que nosotros pudiéramos controlar al fuego, pues se ordenó que solamente se utilizaran las granadas de mano al llegar a las trincheras enemigas.

El paso del puente

Teníamos la certeza de que esta vez íbamos a morir. Nunca en ninguna operación tuvimos semejante seguridad, y creo

rotundamente que cuando se llega a este convencimiento absoluto, se acuerda uno de sus familiares, reza sus oraciones y queda completamente tranquilo, mucho más cuando se duda sobre el resultado de una operación. Y eso nos ocurrió a nosotros cuando a las cuatro horas del puente en cabeza de la compañía.

Y como en los momentos más trágicos de la vida tiene que aparecer la nota cómica, también allí se presentó, pues pretendimos cruzar el puente a toda velocidad, a fin de librarnos de la voladura y morir matando al otro lado, si ello era posible. Pero así la carrera era desenfrenada, y tan deseosos estábamos de llegar a la otra orilla, que al mirar hacia atrás no se parecía que corriamos sobre el propio terreno y sin avanzar nada, como hemos visto en muchas películas cómicas.

Pasamos el puente, desplazados en el llano, como mentamos a avanzar con un sepulcral silencio, y cuando empezábamos a subir el montículo sonaron los primeros disparos enemigos, que como iban dirigidos hacia el puente pasaron muy por encima de nuestras cabezas.

Nuestra contestación fue un diluvio de granadas de mano sobre las trincheras, lo que produjo la desbandada general del enemigo, que dejó muchos muertos, todos ellos extranjeros. El objetivo se había logrado.

Las armas del éxodo

—¿Cómo pudo conseguirse esto? ¿Cómo tanta negligencia en la vigilancia enemiga y cómo tanta confianza, hasta el punto de que algunos buían en ropas menores, cuando el día anterior habíamos establecido contacto con el puente?

Todo era inconcebible para nosotros. Declaramos que estábamos afeitados al ver lo ocurrido, y en seguida pensamos que la Divina Providencia había tenido ese día una actuación eflicacísima. Luego, con las declaraciones de los prisioneros, todo se explicó, si es que alguna explicación pueden tener estas cosas. Decían que, efectivamente, el puente estaba minado, su voladura iba a ser la señal de alarma para el enemigo... pero el día anterior los dos hombres que lo vigilaban y debían llevarlo a cabo habían cambiado por los disparos de nuestra artillería sobre el puente, y durante la noche nadie consideró necesario llegar hasta aquel para ver si había alguna novedad. Cuando los soldados republicanos esperaban la voladura para coger las armas, se encontraron con a nuestras bombas de mano.

Esta es una maniobra de tantas como ocurren en todas las guerras. Se requiere para ellas mucho arrojo y mucha valentía. El general Sifre nos acompañaba hasta la calle, y al despedirse nos dice que ahora es el momento de darse su paseo diario de doce kilómetros. Aquellas grandes marchas de nuestra guerra no se han borrado de su mente.



En los avances y retiradas, los combatientes cogen las armas dejadas por el enemigo. Soldados marroquíes examinan una ametralladora rusa cogida poco antes.



En el Pingarrón, los republicanos dejaron tres cañones del 12,40, ocho ametralladoras Maxim y un carroickers con cañón del 45, que pasaron a los nacionales.

Las lluvias retardan una operación por sorpresa

El teniente general don Rafael Álvarez Serrano fue jefe del Estado Mayor del general Asensio. Hace cinco años sufrió una trombosis en una pierna, que lo llevó a su amputación. Ahora, sentado en un batucón de casa, pasa casi todo el día leyendo episodios que relatan algunos de los principales momentos por él vividos. Los años han pasado. No sabe si podrá recordar todo lo que le ocurrió en la batalla del Jarama.

Don Rafael era comandante al comenzar nuestra ofensiva. Pronto ascendió a teniente coronel. El estuvo al lado de Asensio durante esta operación. No parece haber vivido las peripecias vividas. Poco a poco nos ha ido relatando los porqués de esta operación.

El temporal retarda las operaciones

—Mi general, ¿qué objetivo tenía la batalla del Jarama?

—La batalla del Jarama formó parte de una operación

combinada, que tenía por objeto completar el cerco de Madrid. Las tropas italianas, que habían tomado del Sur, fueron trasladadas a la zona de Guadalajara, en su lado Norte.

Las fuerzas de la derecha del frente de Madrid, que acababan de ocupar la Marfesa, pretendían atravesar el Jarama y completar el cerco de la capital por el Norte, Noroeste y Este. En la batalla del Jarama tomaban parte cuatro brigadas de la División reforzada de Madrid, que mandaba, respectivamente, el coronel Barrón, el coronel Tella, el coronel Buruaga y el coronel Asensio, que se encontraba justamente en el extremo derecho.

En principio, la operación estaba proyectada para el ocho de febrero. Salieron las fuerzas de su base de partida, pero una lluvia torrencial impidió que se llegara hasta el Jarama para pasarlo a la madrugada siguiente. Las fuerzas del co-

ronel Asensio llegaron hasta los montes que dominan San Martín de la Vega. Aquel día dimos la orden de repliegue y retornaron a su base de partida.

En la madrugada del día once se cruzó el Jarama. El paso del río fue por sorpresa, y después nos encontramos bastante resistencia. El avance era lento. Nosotros preguntábamos con interés y con ansiedad qué hacían nuestros «amigos» (italianos), porque en el momento en que éstos avanzaban, al sentirse las fuerzas enemigas rechazadas por sus ataques, disminuía su presión en la parte nuestra.

En busca del enemigo

Nosotros no tenemos noticias directas de los italianos. Sabíamos que habían llegado a Brihuega desordenadamente. Y, como quedaban en la cabeza de puente que se había formado en el Jarama. Se concibió la idea de abrir la cabeza atacando por el lado

oriental; es decir, por el lado en que se encontraba el coronel Asensio.

Entonces empezaron una serie de ataques sobre la posición del Pingarrón. El día dieciocho, el enemigo ocupó una avanzadilla, y entonces el coronel Asensio me encargó le dijera al comandante Zamallos se hiciera cargo del puesto.

Continué la situación estabilizada porque no se había podido hacer la conjunción con los italianos y el enemigo atacaba cada vez con más insistencia el flanco derecho desde el Pingarrón hasta el Bultarón. Tuvimos una serie de combates en ese flanco, que culminaron con la acción cumbre de la noche del veintidós de febrero. Esa noche, el enemigo llegó a poner pie en la posición dos o tres veces. El comandante Zamallos, que la mandaba, la sostuvo heroicamente.

La lucha, al rojo vivo

Durante todo ese día

veinticuatro se estuvo intentando mantener o recuperar la posición. Hubo alternancia. Venía una oleada enemiga, ponía pie en el Pingarrón, y entonces, desde una posición que teníamos a seiscientos metros, como reserva, mandábamos un batallón, recuperábamos la posición y en seguida esa unidad era sustituida por otra. Hasta seis veces tuvimos que reemplazarla.

El día veintinueve por la noche, la posición quedó nuestra, y el enemigo, ya muy castigado en sus ataques, renunció a la ocupación de los laderos del Jarama.

Aquella fue una cabeza de puente que se mantuvo durante toda la guerra. Hubo un estudio para reemplazarla, que hubiera permitido defender el paso del río, pero no llegó a autorizarse para que los republicanos no pudieran dar un parte de éxito, aunque fuera parcial, pero cierto.

HEROICA DEFENSA DEL PINGARRÓN

El frente de Madrid ha sido, en la pasada guerra de Liberación, uno de los episodios más heroicos y decisivos para ambos bandos. Las bajas registradas en uno y otro lado alcanzan proporciones considerables, sobre todo en las batallas del Pingarrón, Jarama y Brunete. Todos los de la España republicana pensaban en su victoria. Las fuerzas mandadas por Lister, «El Campesino», Uribarri y Durán iban a realizar una maniobra envolvente sobre el Ejército nacional; para ellos se trataba del «fin» de la guerra.

Los generales que mandaban las fuerzas nacionales del Ejército del Centro se daban perfecta cuenta de la importancia de los acontecimientos que se avecinaban. Muchas de las fuerzas del Ejército de África, todas ellas agueridas y dotadas de buen espíritu, habían sido traídas con el fin de atajar los violentos ataques de un enemigo muy superior en efectivos, armamento y material. Tabor de Regulares, banderas de la Legión, mehal-las, todos perfectamente entrenados, habiendo «batido el cobre», como se suele decir en el argot castrense, llegaron triunfalmente a las cercanías de Madrid. Dejemos que nos cuente su aventura en la batalla del Pingarrón uno de aquellos soldados que mandaba el comandante hoy teniente general laureado de San Fernando, don Mariano Gómez Zamalloa.

La toma de contacto

—¿Cómo se desarrolló exactamente la batalla del Pingarrón?
—Hablamos combatiendo durante tres días y tres noches; estábamos necesitados de sueño y buen descanso; sin embargo, nuestro tabor, el Segundo de Ceuta, seguía adelante.

—Nos habíamos detenido en el puesto de mando del coronel Asensio, de cuya columna formábamos parte a partir de tal momento. Un enlace de nuestro comandante había «requisado», sin saberse dónde, un espléndido colchón de borra y se lo ofreció a éste. Cuando el comandante, lleno de satisfacción, se disponía a hacer uso del mismo, una llamada telefónica del coronel Asensio le ordo-

nó hacerse cargo de la posición del Pingarrón, atacada fuertemente por grandes núcleos enemigos. Dicha posición era una finca de labor, propiedad de don Cecilio Rodríguez, jardiner mayor que fue del municipio madrileño.

«Mi comandante, inmediatamente y lleno de gran espíritu, se dirigió a dicha posición. Al acercarse a la misma observó un espectáculo dantesco: eran muchas las bajas y el enemigo había ocupado la avanzadilla, que en un principio se creía que estaba inmediata a la posición, pero que resultó hallarse a más de trescientos metros.

Una hora de heroísmo

—A las dos de la madrugada llamaba el comandante Zamalloa al coronel Asensio para decirle que comprendía la dificultad de ser reforzado, dada la escasez de medios de que se disponía, por lo que solamente le rogaba el envío de una compañía del tabor para tratar de recuperar la avanzadilla en poder del enemigo, y como suponía que éste trataría de atacar al amanecer la posición principal, quería adelantarse a sus propósitos, por lo que necesitaba un mínimo de refuerzo de tal compañía.

«A las siete de la mañana nos lanzamos sobre el enemigo. Tres fuertes ataques nuestros fueron momentáneamente rechazados y sufrimos numerosas bajas, ya que de ciento veintiséis hombres solamente quedaron ilesos alrededor de veinte, y los restantes, muertos o heridos.

«Logramos ocupar victoriosamente la avanzadilla y capturamos numeroso armamento y material y bastantes prisioneros. Nuestra alegría fue indescriptible. A las diez y media de la mañana llegaba un telegrama del Cuartel General del Generalísimo, que por aquel entonces estaba en Salamanca. Le comunicó a nuestro comandante la Medalla Militar Individual, y a la Compañía, la Cruz Laureada Colectiva por su heroica actuación. Todos lo celebramos, y el jefe se lo tomó con un mayor sentido de responsabilidad.

Este ex combatiente no ha querido dar su nombre. Es uno más de toda esa larga serie de



Los accidentes del terreno juegan un papel importante para los combatientes de ambos lados. Cualquiera rincón, cualquier grupo de rocas es apto para preparar una trinchera, como la que muestra la fotografía.

Estabilizado el frente de la carretera de La Coruña, numerosas unidades de la República son trasladadas a la zona del Jarama, donde el mando está decidido a lanzar una ofensiva que pronto comenzará. Por su parte, los nacionales tienen prisa en abatir la resistencia madrileña. Las fuerzas de la División Reforzada, que se han estrellado en la carretera de La Coruña, se trasladan rápidamente al Jarama con nuevas unidades de refresco. Varo, el general de la maniobra sobre Madrid, aparece en el nuevo sector dispuesto a romper el tesón de los defensores de la capital. Las tropas marroquíes participaron en la vanguardia del ataque que en el primer día de operaciones ocupó La Marañosa y Cienpueuelos. Tres regimientos de Caballería fueron empleados por los nacionales a lo largo de toda la batalla del Jarama.



Se produjeron muchas bajas en ambos bandos.

héroes que prefieren estar en el anonimato.

Sigue hablando este hombre heroico. No ha perdido la lozanía de sus años mozos. Se ha emocionado al hablar de la Medalla Militar Individual que concedieron a su jefe, el comandante Zamalloa. Se ha alegrado también con la Laureada Colectiva que los otorgaron. Todos festejaron la toma de la avanzadilla. Después vino la parte fuerte de aquella gesta que ha alabado uno de sus rivales, Enrique Lister, en el libro titulado «Nuestra guerra». Los héroes de cualquier batalla reciben ese tributo: la admiración. Era el mes de febrero de 1937, que quedará escrito en el libro de la Historia. Dejo que este hombre se recree en cada una de las escenas y me alegro de estar escribiendo una historia viva.

Mil doscientos hombres

—Ya le he dicho que habíamos quedado en pie unos veinte hombres. El comandante Zamalloa, en vista de los pocos que éramos, llamó de nuevo al coronel Asensio para pedirle más hombres con los que hacer frente a los ataques del enemigo. Solicitaba el tabor de Regulares que se había traído desde tierras africanas, el heroi-

El gran ataque se produjo el 23 de febrero.

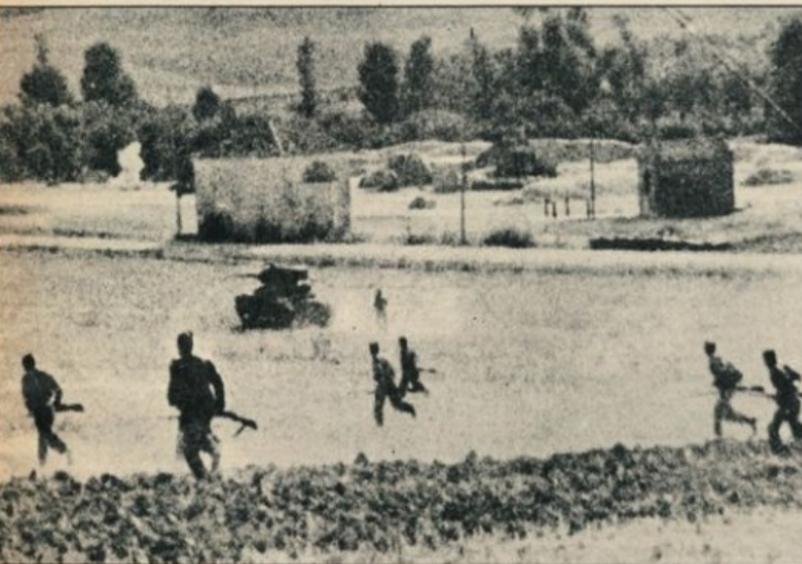
co II Tabor de Regulares de Ceuta Número 3.

«Nos enviaron todas las compañías del mismo menos una. Además, se incorporó al Pingarrón una compañía de Ametralladoras. Se fue preparando la defensa de aquel enclave. Nuestro jefe situó una de las compañías en una avanzadilla a una distancia de unos ciento cincuenta metros, sitio estratégico para la defensa de la posición. Todo parecía estar dispuesto. El comandante Zamalloa pedía constantemente novedades. Mil doscientos hombres nos disponíamos a luchar de nuevo, soportando un cañoneo sobre la posición de unos dos mil proyectiles diarios de artillería.

«Estábamos alerta ante cualquier ataque del enemigo. No se habían resignado a la pérdida de aquella avanzadilla. Un día nos enteramos de que el Ejército rojo había aniquilado a los soldados que teníamos destacados para avisarnos de un posible ataque. Nos preguntamos las causas de aquella matanza. Luego sabríamos que se había producido a causa de la desertión de uno de ellos. No había más remedio que arrancar de allí ese «cáncer» que nos amenazaba. Por lo demás, fue un susto de tantos como se produjeron aquellos días.



Un primer contraataque republicano impidió el intento nacional de atravesar el río por San Martín de la Vega. El pueblo sería ocupado, sin resistencia alguna, al amanecer del día 11.



«Treinta y seis carros de combate venían hacia nosotros».

«Sabíamos que se avecinaba una de las grandes batallas de la lucha en las cercanías de Madrid. Nuestros ejércitos preparaban una maniobra envolvente sobre el núcleo muy superior del enemigo.

Un ataque furioso

—El gran ataque se produjo el día veintitrés de febrero. Carros de combate en número de treinta y seis, infantería y artillería venían hacia nosotros. Fuimos la parte más afectada de aquel combate. Seguramente esperaban que nosotros estaríamos cansados. Sí, lo estábamos, pero nuestro espíritu nos hacía sobreponernos a toda clase de fatigas. Nuestro empujamiento era decisivo para la suerte de aquella batalla.

«El enemigo llegó a acercarse a aquellos sitios donde luchábamos. Sacando fuerzas de flaqueza, los expulsamos una y otra vez. Así, hasta que finalmente emprendieron la huida. Quedaron de todos modos algunos que insistieron en los ataques, pero ya sin importancia.

«Nuestro comandante, con diecinueve heridas, seguía en pie. Su moral se encontraba muy alta. Recuerdo que al principio de la batalla un proyectil le había atravesado el brazo a la altura del bíceps. No se había dado cuenta hasta que en un momento se tocó.

La Laureada

—El día veintitrés se llevaron a nuestro comandante herido. Parecía que no iba a poder sobrevivir con tantos agujeros como tenía su cuerpo. Le conducían cuatro camilleros. De repente, sobrevino un nuevo ataque. El comandante pretendió incorporarse y volver al combate. Sus fuerzas ya no se le permitían. Los camilleros se metieron en un pequeño barranco y allí permanecieron hasta que cesó el tiroteo. En aquel intervalo había caído uno de los portadores de la camilla en que iba el comandante Zamalloa. Posteriormente le concedieron la Laureada de San Fernando y yo me sentí orgulloso.

No le quedan palabras para describir aquellos momentos. No quiere que salga su nombre en la prensa. El, mientras tanto, se siente uno más de todos aquellos que lucharon por el bien de España.

LAUREADA PARA UN CABO DE REEMPLAZO



Muchos eran los puestos de observación instalados; éste es de la República.

Don Antonio Alemán Ramírez es actualmente teniente coronel jefe del Batallón de Infantería del Ministerio del Ejército.

Era cabo de reemplazo al comenzar nuestra contienda. Pertenecía al Segundo Batallón de Infantería de Tenerife. La batalla del Jarama significó para el teniente coronel Alemán la consecución del más alto galardón que puede aspirar un soldado español: la Laureada de San Fernando a título individual.

Cabo de ametralladoras

—Don Antonio, ¿cómo fueron los acontecimientos?

—La noche del catorce al quince de febrero de mil novecientos treinta y siete la habíamos pasado un poco intercalados con las fuerzas enemigas. La intensidad de la batalla del catorce no había dado lugar a establecer las líneas de la lucha.

Al Batallón de Infantería de Tenerife, al que yo pertenecía, se le encargó la defensa de un sector amplio. Las fuerzas estaban bastante repartidas, y en una de esas avanzadillas estaba la máquina que yo mandaba, reforzada a su vez por una compañía de fusiles.

Mi actuación como cabo de ametralladoras consistió en estar pendiente de la máquina desde el momento en que me indicaron la misión a cumplir.

—La noche fue de vigilancia constante. Esperábamos que el enemigo contratasca, como así sucedió. Al amanecer oímos delante de nuestras líneas el ruido del avance de los carros enemigos. De repente, por una pequeña explanada del olivar frontera a nosotros, aparecieron cinco de ellos.

Uno de los carros se acercó a unos treinta o cuarenta metros del asentamiento de la máquina que yo estaba, y un soldado que asomaba por la escotilla levantó el brazo y, dirigiéndose a nosotros, dijo: "No asustaros, que os pasamos".

En aquel momento, yo desconfié, y sin más orden ni más aliento que las fuerzas que tenía en mi mano, empecé a hacer fuego con una pistola. El tiro hizo efecto en aquel hombre. En aquel mismo instante los cinco carros abrieron fuego sobre la sección que mandaba el teniente Fortes. Mi teniente fue el primero en caer, cuando se abalanzaba hacia los carros con una granada de mano y una botella de gasolina.

Un proyectil le deja ciego

Unos se mantuvieron en sus puestos hasta que cayeron. Un proyectil de un tanque dio en el puesto de mi máquina. Por la explosión del cañonazo quedé herido en la cara y en las piernas y empecé a echar sangre por la nariz y la boca. Lo más grave fue que quedé también ciego, sin poder ver nada de lo que delante de mí pasaba. No obstante, tuve una reacción de esas que tratan de conseguir lo inconseguible. Levanté la máquina, quité la tierra y la cargué a tientas. Tres cargadores salieron hacia un objetivo indefinido. Con otros dos granadas hice lo mismo. Era la lucha desesperada por defender la posición.

Acompañé mi acción con gritos, en los que pedía a mis compañeros víctimas hacia mí lado; pero avanzaban carros de combate. Lo hacía por animarles, aunque sabía que había bastantes muertos en aquel terreno.

Aquello sirvió para que las unidades de Artillería empezaran a actuar. Mis gritos fueron el anuncio para que los soldados que permanecían en el regazo del terreno se incorporaran a las líneas de combate.

Propuesto para la laureada

—El comandante del batallón se dio cuenta de la gravedad del caso. Era el comandante Guzmán. Se dio inmediatamente hacia la avanzadilla donde yo me encontraba. Fue el primero que puso en mi hombro su mano. Yo estaba lanzando el último cargador. Me levanté y le dije: "¡Arrriba España! La única pena que tengo es que por haberme quedado ciego no he podido quemar más tanques. Si no, alguno más habría quemado".

El comandante Guzmán me dio un abrazo y comunicó con la Plana Mayor. Inmediatamente aparecieron los camiones que me recogieron y me llevaron a la retaguardia para hacerme la primera cura. Después, me trasladaron al hospital, y tres meses en recuperar la vista.

El general Asensio, antes de darme la despedida me dijo que un grupo de jefes y oficiales más próximos se reuniera. Le dije: "Vean a un héroe antes de salir para el hospital".

I. J. P.

BIBLIOGRAFIA específica de este capítulo

En este capítulo publicamos la bibliografía sobre la batalla del Jarama. Dada su extensión, no se incluyen las obras generales y aparecidas en artículos anteriores.

- **Bajatierra, Mauro.** «La guerra en las trincheras de Madrid». Ediciones Tierra y Libertad. Artes Gráficas C. N. T. Barcelona, 1937 222 págs.
- **Barco Teruel, Andrés.** «Valle del Jarama» (Brigada Internacional). Ediciones Marte. Barcelona, 1969. 333 págs.
- **Bravo Morata, Federico.** «La batalla de Madrid». Volumen III de su «Historia de Madrid». Ediciones Fenicia. Padre Xifré, 3. Madrid, 1969.
- **Las Brigadas Internacionales.** Ediciones CIAS. Barcelona (s. l. s. a.).
- **Brome, Vincent.** «The International Brigades». Editorial William Morrow and Co. Nueva York, 1966. 317 págs.
- **Castro Delgado, Enrique.** «Mi jefe perdió en Moscú». Ed. Luis de Carrañ. Barcelona, 1964.

- **Castro Delgado, Enrique.** «Hombres made in Moscú». Ed. Luis de Carrañ. Barcelona, 1963. Setecientos sesenta págs.
- **Clemente García, Santos.** «La batalla del Jarama». Artículo en «Revista de Historia Militar», número 4, 1959. Páginas 161-192.
- **Colodny, Robert Garland.** «El asedio de Madrid». Ed. Ruedo Ibérico. Paris, 1970.
- **Cox, Geoffrey.** «Defensa de Madrid». Editorial V. Gollancz. Londres, 1937. 221 págs.
- **Creach, Jean.** «Defensa de Madrid». Ed. V. Gollancz. Londres, 1937.
- **«Épopée d'Espagne» (Brigades Internacionales).** Ed. de l'Amicale des anciens volontiers français en Espagne Française. Paris, 1957. 253 páginas.
- **Gárate Córdoba, José María.** «Mil días de fuego» (Memorias documentadas de la guerra del 36). Editorial Lusa de Carrañ. Barcelona, 700 págs. (en prensa).
- **Gárate Córdoba, José María, y otros.** «Historia de la Legión Española en la guerra de Liberación».

- Elaborada en el Servicio Histórico Militar para el volumen segundo de «La Legión española: cincuenta años de historia», que prepara la Subinspección de la Legión.
- **García Morato, Joaquín.** «Guerra en el aire». Con prólogo del Caudillo. Ed. Nacional. Madrid, 1940. 210 págs.
- **Gaya y Delisá, Marcel.** «Combatte pour Madrid». Editions de la Presse Moderne. Paris, 1964. 253 págs.
- **Gómez Domingo, Manuel.** «El paso del Jaramá en la conquista de Madrid». [«Episodios de la guerra civil», número 7.] Librería Santarín. Valladolid (s. a.). 30 págs.
- **Ircaray, J.** Arganda, segundo millago de Madrid. Artículo en «Estampas», número 475, de 27-I-1937.
- **Krasinikov, Los.** «Los combates de febrero». Frente de Madrid. Batalla de Arganda». Publicación en «Revista», 148-1507, y traducido en la revista quincenal «Fuego», órgano del II Cuerpo de Ejército, núm. 40, el 17-II-1938.
- **Larios, José de.** «Combate sobre España». Edic.

- Aldus. Santander, 1966. 369 págs.
- **Lister, Enrique.** «Nuestra guerra». Editions de la Librairie du Globe. Paris, 1966. 293 págs.
- **López Fernández, Antonio.** «Defensa de Madrid». Ed. A. P. Márquez. México, 1945. 319 págs.
- **López Muñoz, Gregorio.** «La batalla de Madrid». Editorial Gloria. Madrid, 1943.
- **Malinowski y otros.** «Bajo la bandera de la España republicana». Editorial Progreso. Moscú, 1966.
- **Malraux, André, y otros.** «Los que fueron a España». Ed. Jorge Alvarez. Buenos Aires, 1966. 213 págs.
- **Martínz Bande, José Manuel.** «La lucha en torno a Madrid». Servicio Histórico Militar. Librería Editorial San Martín, 1968. 243 págs.
- **Modesto Guilloto, Juan.** «Sol del 7.º Regimiento». Ed. Librairie du Globe. Col. Ebro. Paris, 1969. 288 págs.
- **Ropollés de Zayas, Julio.** «La ballería en el caso del Jarama». Artículo en «Revista de Historia Militar», número 25, Madrid, 1968. Págs. 145-178.
- **Rojo, Vicente.** «Así fue la defensa de Madrid». Editorial Era. México, 1967. 264 págs.
- **Rojo, Vicente.** «España heroica». Ed. Americana. Buenos Aires, 1942. 212 págs.
- **Ruiz Albéniz, Victor.** «Batallas del Jarama y el Pingarrón». Ed. España. Madrid, 1941. 62 págs.
- **Salas Larrazabal, Jesús.** «La guerra de España desde el aire». Ed. Ariel. Barcelona, 1969. 542 páginas.
- **Salisbury, Harrison E.** «Los novecentos días». Editorial Plaza & Janes. Barcelona, 1970.
- **Sanz, Ricardo.** «Los que fuimos a Madrid». Imprenta DuLamer. Toulouse, 1969.
- **Sastre Molina, Gonzalo.** «Punto de mano sobre un puente del Jarama». Artículo en revista «Ejército», núm. 167, diciembre 1953.
- **Wecker, Eugen.** «An der Jarama front». Ed. Militärverlag. Berlin, 1962. 76 págs.
- **Winttingham, Tom.** «English Captain». Editorial Faber and Faber. Londres, 1939. 333 págs.